

EL ECOLOGISMO. OTRA UTOPIA

POR

ÁNGEL MAESTRO

Introducción

Durante setenta años de nuestro siglo el marxismo-leninismo con su experimento de radicales consecuencias, de transformación total de la sociedad, y la creación del hombre nuevo, satisfizo en cierta medida, a pesar de los colosales fracasos, las aspiraciones y deseos de nueva conformación social y humana de gran parte de los seguidores de la utopía.

A raíz de dar a conocer Nikita Serguievich Jruschof los crímenes y atrocidades cometidos por Stalin, ocultando celosamente, eso sí, que eran males del sistema y no exclusivos del tirano, ya que éste siguiendo a Lenin los desarrolló en mayor escala, perdieron entonces en gran parte los «progresistas de profesión» la referencia obligada. Se esfumó en una medida considerable el forzoso punto de referencia al colosal experimento destinado a transformar la humanidad. La Unión Soviética se inclinó más y más al concepto de superpotencia en la que el marxismo-leninismo jugaba un papel táctico en su expansionismo.

Al no contar con el punto de referencia obligado, o al menos muy disminuido el ansia de transformación utópica encontró nuevos polos de tracción. El peculiar comunismo maoísta, con sus aberraciones monstruosas y su culto hipertrofiado a la personalidad de Mao-Tse-tung, pudo paliar en parte, sólo en pequeña parte, la admiración y el seguimiento ciego que determinado tipo de occidentales, tantas veces de orígenes no sólo inequívocamente burgueses, sino a veces elitistas y aristocráticos, sintieron en los años 30, 40 y 50 de nuestro siglo por la Unión Soviética.

Resulta sorprendente la admiración por el maoísmo, cuando destruyó el arte y la riquísima tradición cultural específicamente china. Destruyendo no sólo todo lo que recordaba al confucianismo, sino que en la ignorancia más atroz se llega a decir que guardaba cierta semejanza con la filosofía de Lao-Tsé. Cuando cualquiera que haya estudiado siquiera someramente al filósofo chino, puede contemplar enseguida el abismo que separa a Mao de Lao. Pero no contando ya enteramente, a pesar eso sí de la ausencia de crítica, con la distinta URSS, de Breznev, escogió la progresía al maoísmo como lejano punto de referencia.

Buscándose también otras, cual la revolución castrista, que sigue conservando aún admiradores entre la izquierda utópica, aunque el castrismo es un fenómeno menor y forzosamente muy localizado. No puede parangonarse con la gigantesca atracción por la Unión Soviética antes existente. También la simpatía por Vietnam, incluso por el monstruoso experimento camboyano. Mas muerto el déspota y tirano Mao, con su estalinismo antisoviético, van quedando cada vez menos puntos de referencia hacia la búsqueda de la utopía y su implantación.

Desde finales de los años sesenta, y agotados casi los modelos citados, surge cada vez con más predicamento la plasmación de la utopía en el ecologismo. Los tópicos pacifistas, la exaltación del noble salvaje, la contradicción antiprogresista, contra todo lo que pueda suponer progreso en lo material, se concreta en el ecologismo. De nuevo se observa en estos especímenes esas contradicciones internas, como serían expresadas en el escolasticismo marxista. Atacan al progreso los que hacen del progresismo la guía de sus vidas. Antes excusaban los más terribles experimentos sociales, con millones de víctimas, por la búsqueda del hombre nuevo, y de una sociedad que habría de romper con los condicionantes del pasado.

El ecologismo, que adquiere fuerza cada vez mayor en los años 70 y 80, se convierte cuando nuestro siglo está a punto de concluir, en un estado de opinión, difícil de concretar en su cuantía, ya que no suele estar sujeto a sondeos cuantitativos, pero que crea un estado de opinión, que precisamente por su vaguedad difusa parece suponer una fuerza mucho mayor de la que en realidad posee.

Los grupos denominados «verdes» en los países de sistema paritocrático, donde concurren a las elecciones, suelen obtener porcentajes de votos, que nunca llegan más de 5 ó 6%. Pero a través de la colosal resonancia del primer poder, los medios de comunicación, producen la sensación de ser un porcentaje mayoritario o casi mayoritario de la opinión pública.

Utilizan hábilmente el porcentaje utópico existente en la gran mayoría de los humanos, y cuanto mayor simpleza se dé en los mismos, más fácilmente es utilizada. Resulta terriblemente popular oponerse a las instalaciones nucleares, hablar en contra de la destrucción de la capa de ozono, insistir mil veces sobre el efecto invernadero, etc. Casi nadie se atreverá a rebatir sus argumentos primarios y emocionales, en contra de la razón. Naturalmente sólo un ser dotado de una mentalidad extraviada querría la contaminación de la naturaleza y de la humanidad. Pero en vez de analizar, con la razón, el problema, se plantean argumentaciones simples, primitivas, de un maniqueísmo total, donde sólo existe lo bueno y lo malo. No hay búsqueda de soluciones intermedias, aportando datos positivos, y no considerando la negatividad total.

De nuevo esas contradicciones internas. Generalmente los ecologistas hacen exhibición de su carácter tolerante y de su disposición al dialogo. Pero se constituyen en portadores de actitudes ultra reaccionarias. Niegan cualquier actitud que discrepe de su fundamentalismo.

Tomemos sólo dos ejemplos, la energía nuclear, y el efecto invernadero.

La energía nuclear

Citar la energía nuclear supone nombrar el mal para el ecologista de profesión, algo así como el nuevo 666, el número bíblico de la bestia, como símbolo del mal absoluto. En una mezcla de candidez, ignorancia y fanatismo, unido también a veces a turbios intereses económicos, se confunden las terribles experiencias béli-

cas de Hiroshima y Nagasaki con el uso pacífico de esa colosal potencia, explotado en beneficio de ser humano.

Cerrazón absoluta del fundamentalista ecológico, que asocia en un conjunto único e indisoluble destrucción y progreso. Otra vez más asoma la contradicción de su mente, mezcla de idealismo utópico con una cerrazón mental que le impide el razonamiento.

Suelen darse con frecuencia el caso de los progresistas profesionales que atacan a la Iglesia católica y a sus dogmas, con el pretexto mil veces esgrimido de cierre de la mente a la razón; más parodiando el dicho evangélico, ven la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el suyo. ¿No es una actitud más absurda la de asumir en un todo dos consecuencias distintas de una misma cosa? Infectiblemente asocian los efectos destructores del arma nuclear con la utilización provechosa y con fundamentación científica de la misma.

Así no se habrían aprovechado los efectos positivos de la utilización de la dinamita, ya que sus efectos destructores aplicados a la guerra multiplicando la potencia de anteriores tipos de explosivos, incapacitaban de raíz, según tan peculiar pensamiento, su uso en canteras, demolición de obstáculos naturales, posibilidades inmensas para la construcción de vías férreas, carreteras y un sin fin de usos. La asociación, sin posibilidades de separación de causa efecto, de los aspectos negativos y positivos, impediría la aplicación de la misma en beneficio de lo dictado por la razón.

El ataque sistemático, basado en argumentos meramente emocionales sin rigor y fundamento científico a una característica básica y diferenciadora del ser humano: la razón. Tratemos de aplicarla, en este espinoso campo.

Si lo analizamos desde el punto de vista de la economía, generalmente el intento de aplicar la economía, ciencia desde luego nada pasional, sino basada en fríos estudios, choca con la superstición en torno al tema nuclear.

En España, por citar sólo nuestro caso, y no extendernos en demasía, la energía eléctrica ofrecida al consumidor y la industria es un 60% más cara que en Francia, país por excelencia de impulso nuclear. Pero sin llegar a las condiciones francesas, supone un 12% más alto de costos que en Alemania. El frenazo, más que frenazo

parón total, impuesto por el triunfo de la utopía en el período socialista, aunque contaba ya con antecedentes en este sentido en la época de la UCD, ha elevado el coste de la energía al punto de figurar entre las más costosas de Europa.

Resulta asombroso que en Francia, tan admirada por nuestros progresistas en tantos aspectos, y particularmente por nuestros socialistas, durante dos septenios de presidencia de la república por un socialista, y con gobiernos socialistas, se haya separado la utopía de la realidad. Así Francia viene construyendo un promedio de una central nuclear al año, convirtiéndose en país exportador de energía. Con unas cincuenta centrales nucleares en servicio, se ha conseguido reducir drásticamente la dependencia del petróleo, cuando las aportaciones autóctonas del carbón y de la energía hidráulica ya no daban prácticamente más de sí.

¿Ha estado acaso Francia gobernada por locos, o asesinos que querían la infelicidad y la ruina de los franceses? Ciertamente no es ese el caso, sino que se ha sabido distinguir entre causas y efecto. La superstición que reina en torno a este tema, hace que se desechen de antemano, en una actitud totalitaria, cualquier razonamiento correspondiente a la seguridad de dichas centrales donde se llega a extremos casi increíbles, en la seguridad. De forma abrumadora los accidentes producidos en dichas centrales no se deben a accidentes específicamente relacionados con la radioactividad, sino que son meros accidentes laborales, como caídas, desprendimientos, golpes, que podrán ser producidos en un astillero, en un depósito de locomotoras, o en unos talleres automovilísticos, donde la energía nuclear está totalmente ausente.

El lamentable accidente originado en julio de 1996 en España en la central nuclear de Almaraz, que costó la vida a un ingeniero y a un encargado, no tuvo nada que ver con la energía nuclear, sino que fue motivado en las operaciones destinadas a la sustitución de los generadores de vapor, por lo que podría haber ocurrido en cualquier instalación industrial. Asimismo diversas organizaciones ecologistas señalaron con la repercusión inmediata en los medios informativos del peligro de cáncer entre los habitantes de la población donde radica dicha central cacereña. Los estudios realizados por los organismos competentes del Ministerio de Sanidad, no sólo han

puesto de relieve la **inexistencia** de situaciones epidemiológicas especiales en relación a procesos cancerígenos, abortos espontáneos o malformaciones, sino que la tasa de mortalidad de la zona por cáncer, está por debajo de la media nacional. El control de las aguas, gases, personas u objetos está en las instalaciones nucleares españolas por debajo incluso de los prudentes límites establecidos.

En España se ha decidido irracionalmente, sólo basado en la superstición y en la pasión, nada menos científico por tanto, para la energía nuclear y por tanto no disponer España de una energía barata y abundante, y además segura. En España los recursos hidroeléctricos, a pesar de la inteligente y masiva aplicación de los mismos en su utilización en el antiguo régimen, no dan más de sí. El recurso al carbón nacional es caro, contaminante, y además tampoco se disponen de grandes reservas, obligando a la importación desde Sudáfrica, China y Australia. La utilización de la energía eólica, limitada de momento a algunos parques eólicos en el cabo Villano en la Coruña, en Tarifa en Cádiz, o en Zaragoza, no pasa de ser una aportación mínima. Útil sí para casos muy concretos y limitados, pero desde luego inhábil para grandes soluciones. Y si hablamos de la energía solar, su aplicación no rebasa lo simbólico.

Por tanto si se quiere disponer de energía barata y segura, no hay más recurso que la nuclear, y no estamos hablando de los proyectos avanzados de fisión, sino del estado actual de las centrales de fusión, o sea, con lo que contamos, y no con los buenos deseos futuristas. Para una nación como España, el propio parlamento europeo, tan admirado por los progresistas, aunque haya casos en los que no conviene airear sus decisiones, manifestó que «para los países con altos consumos de energía y carentes de recursos propios de hidrocarburos era fundamental el desarrollo de importantes programas nucleares». Pero vayamos a un país más altamente industrializado, cual es el caso de Alemania, que además sí dispone de suficiente carbón. A pesar de la contestación «verde ecologista», y sin llegar a ser como Francia una nación que exporta energía eléctrica a España, Italia, Bélgica y Holanda, ha dado a conocer datos que destruyen radicalmente cualquier utopía en torno a la utilización de otras fuentes sustitutorias de la energía nuclear.

En 1994, la electricidad de origen solar habría aportado en un día de 24 horas, lo correspondiente a un segundo. La energía eólica habría aportado 3 minutos, la hidráulica 56 minutos, el carbón de hulla y antracita, 6 horas, el lignito 7 horas, y la energía nuclear más de 8 horas. Una central nuclear alemana produjo en 3 horas tanta electricidad como todas las unidades solares de Alemania en un año, y una mejora en las turbinas de unos 30 MW, en incremento de potencia, genera 60 veces más electricidad que todo el sector solar.

España viene reduciendo poco a poco la aportación nuclear, por tanto producción propia no importada, en el conjunto del sistema de energía. A pesar de las mejoras de diseño en los alabes de las turbinas, en el aprovechamiento tanto en la distribución del vapor en alta y baja presión, y en conseguir a veces rendimientos del 105% en las centrales nucleares, como no se construyen más, y el consumo aumenta poco a poco, su porcentaje de energía nacional disminuye. En 1986 se llegó al máximo, obteniéndose el 39% del total de energía propia española, bajando en los años siguientes al 30. La energía nuclear con sólo el 16,6% de la potencia eléctrica de España, podría generar el 42% de la misma, con las últimas mejoras añadidas. Y lo que es tremendamente significativo, en 1994 la aportación nuclear supuso un ahorro de 13 millones de toneladas de petróleo importado, si se hubiese empleado éste como combustible.

Resulta indiscutible la solución económica y lo casi anecdótico de energías alternativas como la solar o la eólica. Incluso países ricos en hidrocarburos como los Estados Unidos, y en carbón como los mismos EEUU, China, India, recurren por su factor ecológico y anticontaminante a las centrales nucleares. Mas enseguida los utópicos esgrimen el caso de catástrofes, como la fuga de la central de la Isla de las Tres Millas en los EEUU. Sobre todo el caso de la ucraniana central de Chernobyl, supone emocionalmente el argumento que quiere ser definitivo.

En este terrible caso, debe procederse a su análisis con la razón y no con la histeria y el apasionamiento, fomentando conductas irracionales, y por tanto ajenas al razonamiento. Es bien sabido que

en accidentes de vehículos de transporte público, muchas veces las víctimas se producen por histerismo, más que por las consecuencias del propio accidente en sí. Pues el análisis de las causas de Chernobyl, no obedece a la maldad intrínseca en sí misma de la energía nuclear. Sólo un loco esgrimiría que el descarrilamiento o choque de dos trenes, obedecería a que el ferrocarril sea nefasto en sí mismo, en vez de un estudio de las deficiencias en la seguridad que pueden dar origen al mismo.

Basándose en informes documentados de la OMS, de la agencia nuclear de la OCDE, y del Forum Atómico español, la falta de una cultura de seguridad, consecuencia de las particularidades del sistema político soviético, estuvo en la raíz del accidente. La Unión Soviética no tenía una inspección y evaluación, independiente de la seguridad de las instalaciones nucleares, ni un organismo regulador como las naciones occidentales. Las prácticas operativas soviéticas en sus reactores nucleares no eran homologables a las de los países occidentales. En éstos nunca hubieran sido permitidas.

Los efectos del accidente evaluados por la OMS, OCDE y otros como el OIE, consistieron en la muerte de 31 personas, sin descartar efectos a largo plazo sobre la salud entre personas afectadas por el accidente. De éstos el más importante es el aumento de cáncer de tiroides en un grupo de 565 personas fundamentalmente niños. Todas las demás informaciones sobre diversos efectos, que circulaban con argumentos pseudocientíficos no se corresponden con la realidad. La histeria se apoderó, como es habitual, de las poblaciones ajenas no ya a Ucrania, sino fuera de los inmensos confines de la entonces URSS. El autor de estas líneas vio suspendido un viaje a Moscú y Leningrado, previsto con un numeroso grupo de personas, a un mes de producido el accidente. Fue inútil explicarse o intentar convencer de la considerable distancia existente entre Chernobyl y San Petersburgo. El pánico era total a pisar siquiera Rusia. Sería algo tan absurdo, como hace más de 100 años, temer los habitantes de Soria, la explosión del volcán Krakatoa en Java.

Informes alarmistas y pseudocientíficos, hablaban de enfermedades y malformaciones existentes en cualquier zona del mundo,

sin relación ninguna con la radiación. Las cifras que han circulado sobre muertes por cánceres en grandes números no tienen base científica en absoluto. Uno de los daños más importantes producidos en la población es el impacto psicológico derivado del desconocimiento del efecto de la radiación y las informaciones histéricas, más que incorrectas que se prodigaron. Las condiciones sanitarias de los habitantes de la zona afectada fueron la razón de muchas enfermedades encontradas posteriormente. Actualmente funcionan 2 unidades de la central y trabajan todos los días 6.000 personas, que habitan con su familia en la ciudad de Slavutich, que posee las mejores condiciones sanitarias de Ucrania.

Todos los reactores de este, incluidos los tipos RBK, han sido mejorados con una gran ayuda occidental, siendo muy improbable la repetición de un accidente de este tipo. Sin embargo, su seguridad no es aún homologable a la de los occidentales. Un accidente de magnitud comparable en Estados Unidos, (Three Mile Island, 1979) sólo produjo efectos despreciables sobre los trabajadores de la central y el público, al existir un edificio de contención que retiene los productos de fisión. Actualmente la seguridad de los reactores occidentales es aún mayor que entonces como resultado de las enseñanzas de ese accidente. Los países occidentales tratan de que Ucrania cierre definitivamente Chernobyl, pero el parlamento democrático de Ucrania considera más importante para ese país la energía que produce esa central, que el riesgo que implica.

En el mundo hay más de 430 reactores que proporcionan el 17% de la electricidad total producida. La mayoría está en los países occidentales. Estados Unidos 110, Francia 57, Japón 50, Reino Unido 35, Canadá 22, Alemania 21. España tiene 9. Contra la opinión generalizada en Occidente de los riesgos inherentes al empleo de la tecnología nuclear soviética y de que las centrales de diseño soviético eran inseguras, de difícil mejora y cuya mejor solución era cerrarlas lo antes posible, a medida que aumenta los intercambios de científicos y técnicos occidentales y rusos mejora la idea en los primeros sobre la competencia de los segundos.

En especial, el diseño de los reactores RBBMK, el modelo de los reactores de Chernobil, empieza a ser considerado por los exper-

tos de manera algo diferente a inmediatamente después del accidente. Los rusos, aun reconociendo los defectos que condujeron al accidente, señalan ahora que ya han sido rectificadas y subrayan la fiabilidad de las 17 unidades de ese modelo que funcionan actualmente de manera satisfactoria. Prueba de ello es que no parece que Rusia y los otros países de la antigua Unión Soviética donde están ubicados tengan intención de pararlos. Ni siquiera Ucrania que vimos no parece estar dispuesta a cerrar Chernobil, discute con Occidente las compensaciones que deberían recibir por ello, y entre tanto no se considera preocupada por cuestiones de seguridad de sus reactores a pesar de haber padecido las consecuencias del accidente.

Una combinación de «efecto invernadero» y energía nuclear, o de la interacción de ambas, que causaría estupor si fuese suficientemente conocida es la conclusión del estudio realizado por la Universidad Politécnica de Cataluña, según la cual la emisión de óxido de carbono por persona de la Ciudad Condal es de 3,2 toneladas por año, lo que constituye la cifra más baja estudiada hasta ahora entre los realizados por Ciudades Europeas para la protección del Clima. Copenhague ofrece 7,5. Turin 8,6. Hannover 10,6. Toronto 15,0. Denver 22,3. Las causas de los buenos resultados comparativos para Barcelona se deben a que en ella la energía eléctrica que se consume es básicamente de origen nuclear e hidráulica (90%).

La superstición que afecta a todo lo relacionado con el aspecto nuclear es característica dominante entre los fundamentalistas ecológicos. Mentos que se tildan a sí mismas de progresistas ignoran o quieren voluntariamente ignorar, con lo cual su pecado es mayor, que por pocos conocimientos científicos que se posean el miedo a la energía nuclear es fruto de la irracionalidad y de la superstición, enemigo de la razón. Propio de hechiceros de tribus primitivas en el odio a la lógica. Pero como acertadamente manifestó el profesor Velarde Fuertes ante el asombro general de ser acusado por los supersticiosos, el gobierno del PSOE y los medios públicos de información avalaban esta actitud crédula de muchos lectores. No parece que el gobierno del PP, vaya a invertir radicalmente esa postura.

El efecto invernadero

Otro de los grandes temas, y que al igual que las culturas primitivas al tratar lo mágico y lo misterioso resulta tabú, siquiera discutirlo, frente a la dictadura informativa y orweliana ejercida por los fundamentalistas ecológicos. Siéntense poseedores únicos y exclusivos de la verdad. Seméjanse unidos por la infalibilidad, y lanzan su anatema para quien ose discrepar de sus afirmaciones dogmáticas. Durante los últimos cien años el anhídrido carbónico en la atmósfera pasó del 0,027 a 0,035 por cien. La causa fue el consumo acelerado primero del carbón por la rápida industrialización de los países desarrollados, lo que hubo que añadirse al consumo del petróleo, como principal fuente energética. La cifra de aumento es casi despreciable.

Es un documentado trabajo del militar e investigador E. García Conde se analiza cómo «la variación de la cantidad de vapor de agua en las pocas horas que median entre el día y la noche actúa mucho más enérgicamente sobre ese "efecto invernadero" siendo muchísimo más activo que ese insignificante aumento secular del 0,008 por cien, de anhídrido carbónico». Pero, sigue diciendo, las irracionales iras de los ecologistas, haciendo caso omiso de esas verdades y obedeciendo como cipayos a consignas misteriosas se concentran en el casi inofensivo anhídrido carbónico como si fuese el único y universal responsable del hipotético aumento de temperatura. Y puede decirse con toda justicia hipotético, cuando en enero de 1989 un grupo de técnicos de NOAA (National Oceanic and Atmospheric Administration) publicó un minucioso estudio sobre la marcha del clima en los Estados Unidos, nada menos que entre 1895 hasta 1987, en un completísimo estudio basado en los datos existentes en las 6.000 estaciones mediadoras del National Weather Service. El resultado con una complejidad de profusión de datos verdaderamente asombrosa fue concluyente: rotundamente negativo respecto a la existencia del menor recalentamiento atmosférico. Este estudio, siempre según la citada fuente, es el más completo y fiable de los realizados hasta 1995. Pues bien, sospechosamente ha sido silenciado.

El papel irresponsable y en gran parte manipulador de los medios de comunicación, en una mezcla de prejuicios de antemano existentes, y la no ruptura con el sensacionalismo, ha otorgado el silencio a tan completo informe. Una vez más vemos la doblez y la falacia de la mentalidad del progresista utópico. Todo ha de acomodarse a la conclusión sostenida de antemano. Ridiculizan, sin entrar en los complejos temas de mentalidad y circunstancias, la tan deformada sentencia eclesiástica del caso Galileo, cuando ellos son censores de antemano más que inquisitoriales. Así todo lo que se acomoda a su visión de los hechos, debe ser silenciado. Igual da que se trate de explicar la neo historia en la que parece que el vencedor de la guerra de España 1936-1939, hubiese sido el bando perdedor, que otorga la calificación obligatoria de fascista, al que ose discrepar del sistema partitocrático.

En el «efecto invernadero», la alianza de superstición, ignorancia y manipulación produce efectos sorprendentes. Así el tema de la destrucción de los bosques tropicales, como una de las causas de recalentamiento atmosférico. Según un informe de la Universidad de Gotinga de 1990, se demuestra que una hectárea de terreno dedicada al cultivo de la remolacha produce oxígeno para que respiren 60 individuos durante un año. 1 hectárea de patata produce oxígeno para 33 individuos. 1 hectárea de bosque tropical sólo produce oxígeno para 17 individuos en las mismas condiciones. Se ha llegado a extremos ridículos en la exaltación de la selva amazónica como pulmón de nuestro planeta. Aunque pueda resultar chocante y asombroso, la extensión de la selva amazónica, dedicada al cultivo remolachero —situación absurda, pero no menos absurda que el fundamentalismo ecológico— mejoraría la calidad del aire en todas las latitudes.

Los datos aportados en el convenio marco sobre cambio climático celebrado en Río de Janeiro en 1992, fueron desmentidos radicalmente en 1995, por el informe de la asociación científica AccuWeather, la mayor organización meteorológica privada, según el cual no habido aumentos del desorden del clima en los últimos cien años. Siempre existieron riadas, terremotos, huracanes. Lo que ocurre es que en la actualidad existe la televisión, y podemos con-

templar las consecuencias de las mismas, al poco de producirse. En diferentes textos leemos en la Inglaterra del siglo XVII, que el Támesis se encontraba helado en época primavera], o que se producían heladas que arruinaban las cosechas en agosto, y que eran presagios de que algo estaba cambiando, contra el ser mismo de las cosas, demostrando que en épocas donde el maquinismo no existía y el consumo de combustible fósiles resultaba despreciable, era algo propio de la naturaleza.

Las precipitaciones anormalmente altas que se produjeron en España en los primeros meses de 1995, según el dictamen de la Red Europea de Apoyo al Clima, integrada por 16 servicios meteorológicos europeos, fueron simplemente un rasgo del clima europeo que presenta una gran variabilidad, sin tener relación con el pretendido cambio climático a largo plazo.

El físico Doctor Ber Bolin, presidente del Panel Internacional sobre Cambio Climático, (IPC) ha reconocido que «sobre la base de registros de temperatura de que disponemos no es posible concluir que el hombre esté influyendo en el clima global de modo significativo». Además, el gigante de los países en vías de desarrollo, China, y el grupo de los 77 países en ese estado, para desesperación de ecologistas han manifestado que no están dispuestos a cortar sus planes energéticos, y que a falta de centrales nucleares, van a producir más electricidad en centrales térmicas de carbón y petróleo.

En otro foro, el Comité de Energías Renovables de las Naciones Unidas, el representante colombiano, calificó de sospechoso tanto énfasis sobre el «efecto invernadero», sobre el que no existen pruebas definitivas ni mucho menos, «justo cuando los países en vía de desarrollo están comenzando a generar su propia energía».

Abundando más en la historia del «efecto invernadero», a mediados de julio de 1996, el Foro Europeo para la Ciencia y el Medio Ambiente (FECMA), ha presentado un informe en Gran Bretaña, realizado por veinte profesores universitarios y científicos, rebatiendo las conclusiones ridículamente pesimistas sobre los trastornos climáticos. El doctor John Emfley, catedrático de Química del Imperial College, en Londres, ha puesto de manifiesto la necesidad de no plegarse a ese absurdo consenso existente entre manipulado-

res e ignorantes, sobre el cambio climático a consecuencia de la acción humana. Por otra parte el profesor Fritz Böttcher de la Universidad holandesa de Leiden, niega categóricamente que el CO_2 , sea responsable del calentamiento del planeta. Además manifestó. «La gran mayoría de la personas están convencidas de que el CO_2 es un veneno, cuando no representa nada más que el 0,03 por ciento de la concentración total del aire y es sabido que las plantas soportan sin inconveniente alguno hasta el 2 por ciento de esta influencia. Es un elemento esencial a la vida y no lo contrario».

El profesor Böttcher ha insistido en que la tierra no se recalienta anormalmente porque en los últimos cinco años haya habido períodos especialmente calurosos. Podríamos recordar, añadir nosotros, los casos expuestos anteriormente en siglos pasados. El profesor Jack Barrett, químico del Imperial College, asegura que «un aumento del 25 por ciento de la tasa de CO_2 en el aire no se distinga de variaciones causadas por fenómenos naturales». Y otra opinión autorizada, no la de un «verde» profesional, sino la del profesor Segalstad, del Museo de Mineralogía de la Universidad de Oslo es concluyente: «Los océanos asimilan la mayor parte de CO_2 emitido por la combustión de carburantes fósiles».

Esas catástrofes anunciadas, propias de medios sensacionalistas, e impulsadas por extraños maridajes ecologistas-progresistas-utópicos, del aumento del nivel de los océanos a causa de las grandes concentraciones de hielo, o la desertización galopante, según los científicos antes citados, son más producto de la imaginación que la realidad.

Curiosamente las muy activas organizaciones verdes por fuera, que como se ha dicho suelen ser rojas por dentro, silenciaron durante años los terribles ataques ecológicos, hechos con magnitudes de plan quincenal, en la antigua Unión Soviética, como desertizaciones, alteración de cauce de los ríos, desecación del mar de Aral, etc. «Un comprensivo» silencio acogía a tamaños atentados, cuando estaban prestos a denunciar las dificultades de unas crías de estorninos, en cualquier país capitalista.

Y por último no podemos dejar de mencionar siquiera la muy extraña y potente organización verde-ecologista de intereses: «Green-

peace». La organización «ecologista verde» por excelencia, seguida como guía y modelo por tantas organizaciones gubernamentales. Extraña amalgama esa de las ONG, ridícula en su propia semántica en relación a sus fines, ya que también podrían ser ONG, el Rayo Vallecano o la Asociación de Amigos del Ferrocarril. Tan no gubernamentales son ambas como Aedenat. Terminando en «Greenpeace», resulta cuanto menos extraño su poder económico que le permite disponer de helicópteros, flotillas de barcos, con recursos en todo el mundo. Resulta extraña la capacidad de movilización dependiendo de las cuotas de los afiliados. Haría falta verdaderas legiones, además de que fuesen socios con cuantiosos recursos económicos. Su procedimiento torticero en el tratamiento de la noticia se ha puesto una vez más de manifiesto en ocasión de la falsedad de la demolición de la plataforma petrolífera del Mar del Norte.

En su campaña contra la fábrica de reproceso de combustible gastado de Sellafield en el Reino Unido, Greenpeace había recogido arena de las playas próximas para demostrar que estaban peligrosamente contaminadas y la almacenaba en los locales de sus oficinas de Londres, situadas en las cercanías de una vía pública y a unos 100 metros de un parque infantil. Los periódicos londinenses trajeron la noticia de que material contaminado, en sacos de plástico y dentro de bidones metálicos, estaba depositado en el centro de Londres.

Greenpeace se enfrentó entonces con una disyuntiva. Si el material era radioactivo y peligroso, su almacenamiento tenía que estar autorizado conforme a la legislación sobre materiales radiactivos y, al no tener autorización, el hecho estaba castigado con una multa y con hasta 6 meses de cárcel. Si no era peligroso, ello significaba que todas sus acusaciones sobre el peligro de las playas en el mar de Irlanda carecían de fundamento. Greenpeace eligió esta última solución. Su portavoz declaró que el material almacenado no debía ser considerado como material radiactivo. Pero siguió diciendo que las playas eran peligrosas.

La electricidad nuclear, que es el 17% del total consumida en el mundo, significa, una disminución importante del efecto invernadero. Si se sustituyeran las centrales nucleares actuales por centrales térmicas de combustibles fósiles, las emisiones de CO₂ la

generación de energía aumentaría en más del 8% en el caso más favorable.

El análisis estadístico de las emisiones de CO₂ de los diversos países demuestra que naciones como Francia, Bélgica y Suecia con amplios programas nucleares redujeron significativamente sus emisiones de CO₂. Por ejemplo de 1982 al 1992 Francia redujo más de 3 veces las emisiones de CO₂ y SO₂ a pesar de duplicar su producción de electricidad y Estados Unidos entre 1973 y 1994 con sus 109 centrales nucleares dejó de emitir 1.750 millones de toneladas de CO₂.

No es sólo el fundamentalismo islámico el ejemplo de intolerancia y fanatismo. Explicable además por ser consecuencia de una actitud espiritual, pero el fundamentalismo ecologista resulta más difícilmente comprensible. Unos seguidores, fanáticos, intransigentes, e intolerantes a ultranza, ayunos además generalmente de justificaciones espirituales, sino materialistas en extremo, sentencian inapelablemente a los que osan discrepar de sus dogmas. No parecen arquetipos de seres civilizados y progresistas. Diríase más bien que son talibanes, de Occidente.